

Transfiguración*

Según el *Viejo Testamento*, libro fidedigno donde los haya, Esaú, hijo de Isaac y de Rebeca, renunció a su primogenitura a cambio de un plato de lentejas. Hay que conjeturar que Esaú tenía hambre o le faltaba hierro. Con parejo desprendimiento, el alquimista Manolo Romero, con la complicidad del grabador Carlos Baonza, ha permutado su virginidad por un *Bestiario*. La coartada de Esaú no le sirve a Romero: éste, ni condesciende al hambre (yo lo he visto comer y doy fe de la brutalidad de su apetito, que puntualmente sacia con la ayuda de libaciones igualmente brutales), ni anda escaso de hierro, ya que, por ser alquimista, pudiera tomarlo en pastillas y, al tener a Hierro por suegro, pues que casado está con Margarita, hija de Lines y de José Hierro, ha tenido la suerte de no estar nunca errado al no estar desherrado. En mi pueblo, cuando alguien se comporta, suele obtener la bendición siguiente: «Dios te lo pague con una buena suegra». Primoroso ha debido de ser el comportamiento de Romero para obtener de un mismo saque a mujer excelente, a suegra impar y a suegro memorable. Si a toda esta fortuna se añade la de ser uno de los más grandiosos lectores de poesía de toda la Edad Contemporánea (también doy fe de que Romero es cuando menos General de División en el ejército de los lectores de poesía) nos resulta perplejo que el mentado haya arrojado para siempre en el zoo de este libro a su virginidad de lector intachable. ¿Qué es la virginidad del lector? (preguntaría Azorín). Respondamos ayudándonos de una frase preclara: Mujer virgen es aquella que está limpia de polvo y paja (que es especie muy rara y se halla en extinción). Con parecido código, lector virgen es aquel que sacia con voracidad su hambre poética, pero que permanece limpio de toda ejecución literaria.

Durante muchos años yo he creído ingenuamente que Manolo Romero pertenecía a esa secta prodigiosa: la que forman aquellos que leen mis libros con agrado sin jamás amenazarme con los suyos, nonatos e impensables. La vida, una vez más, me obliga a no desconocer el desengaño: a este *Bestiario* —que encima está espléndidamente compuesto— he de considerarlo una traición. Durante mucho tiempo creí, ofuscado, en la inocencia de Romero como lector. Era yo el inocente, el candoroso: al leer ahora este cuaderno compruebo que, sea cual sea el tiempo que haya tardado su autor en componerlo, lleva sin duda el dicho autor muchos años atornillado al afán de dominar la técnica de la composición y gozando de la calidad de su estro. Quien es capaz de observar a una urraca e inferir de esa observación que ésta, la urraca, «Como espíritu santo de la acracia/ tiene el valor sacrilego y pagano»; quien es capaz de iniciar el retrato de los pingüinos con esta exactitud: «Andan, corren con las manos/ metidas en los bolsillos;/ con reuma en los tobillos/ y renqueantes pies planos»; quien es capaz de vislumbrar la cebra y, émulo de Ramón, nos dice —de la cebra—: «Jamelgo con camuflaje/ de teclado de piano./ Subraya al galope el llano;/ ¡Op art' se vuelve el paisaje»; quien es capaz de reputar al topo como un «minero tercermundista» un segundo después de haber delatado (en suso dicho topo) una «nariz sutil de alquimista»; quien es capaz de darse cuenta, ramoniano de nuevo, pero ahora cruzado de Quevedo por el costado de la metafísica, que el huevo o embrión de la gallina es una «Estatua al cero»; quien es capaz, con el pretexto de dibujar el alma de un canguro, de en realidad mentar a la parte mayor de la llamada bestia humana en un endecasílabo memorable, como ser «No piensa, pero huye, luego existe»; quien es, en fin, capaz de extraer del cerdo o verriondo («verriondo» es el único símil no capturado por Romero, y lo he hallado en mi ejemplar del *Diccionario de sinónimos e ideas afines y de la rima*; Editorial Paraninfo, Madrid, tercera edición, 1981), quien es capaz, en fin, repito, de regalarle al puerco una décima que no hubiera desdeñado Quevedo, christiano viejo, el día en que le dieron mazmorra y juntamente humillación, y que dice —la décima— de la siguiente y opulenta

* Manuel Romero y Carlos Baonza: *Bestiario*. Publicaciones de la Universidad Popular de San Sebastián de los Reyes (Madrid), 1993.

guisa: «Marrano por su fragancia./ Por su pulcritud, cochino./ Por sus modales, gorrino./ Verraco por su abundancia./ Chanco por su exuberancia./ Cerdo por su cortesía./ Jalufo por su aljamía./ Puerco por su despilfarro./ Gocho, tunco, verrón, guarro,/ excelencia, señoría...»; quien es capaz de acaparar, con las redes de su talento y con el anzuelo de una técnica cuya suficiencia cede el paso a la perfección, tantos resplandecientes peces verbales como los expuestos, quien es capaz de tales hazañas expresivas, nunca, ciertamente jamás logrará hacerme creer que es primerizo. Este será su primer libro (escrito con la colaboración extraordinaria del grabador Baonza, como se dice, y muy bien dicho aquí); lo será, no lo niego: pero de que su autor ha disfrutado durante años y años de los sudores de la composición y del júbilo del idioma, no me cabe la menor duda. Para decirlo de forma circunspecta: Manuel Romero era un colega, un adversario, y a todos nos hizo creer que únicamente era nuestro lector devoto. En estos tiempos descompuestos, ya nadie es de fiar, ni un buen amigo. Su virginidad era fingida: bien claro está, a la vista de que su talento ni siquiera renuncia al virtuosismo.

Y esta es otra sorpresa; un poeta encubierto, e inclusive publicado en la colección Adonais, pudiera haber redactado un bestiario en pulcra prosa, como suele ser la costumbre; cuando más en silva o verso libre: ea, pues ni ese alivio nos consiente este poeta taimado, que desde la clandestinidad nos asesta de pronto su producto precisamente elaborado en varias de las formas más difíciles que el ritmo haya engendrado y que pariera la fortuna: refiriéndome estoy al soneto, la décima y la octava real, lo que viene a probar no sólo su destreza por tantos años escondida, sino una súbita arrogancia. Como dice en el prólogo el mencionado Hierro (Pepe, a quien el autor tiene el descaro de disfrutar no sólo como poeta y como suegro, sino por ende como prologuista) este *Bestiario* ha sido derramado en «moldes todos ellos que —aparte de un gran dominio de las métrica y sobre to-

do del ritmo— exigen ingenio, enfoque lúdico, guiño de ojo al lector al que hace cómplice de las claves líricas de la gran poesía del Barroco (...) Barroco *de vuelta* que únicamente podrán gustar —en toda su riqueza e intensidad— los que sepan mirar el verso como ejercicio, al tiempo que miran, con el rabillo del ojo, a los clásicos». ¡Toda una vida pudenda y de repente nos restringe por las narices sus visitas al Siglo de Oro! ¿Qué añadir a tanta desventura? ¡Teníamos un lector virginal que ha resultado ser un colega temible! No consuela recordar de nuevo a Esaú: es cierto que su hermano Jacob, tras despojar a Esaú de su derecho de primogenitura, se estableció de patriarca hebreo, engendró doce hijos que fundaron las doce tribus de Israel y hasta vio en sueños una escala por la que subían y bajaban los ángeles. Pero es cierto también que este nuevo Esaú de apellido Romero, tras decidir trocar su primogenitura de lector por un raro *Bestiario*, debe de haber columbrado una escalera por la que no suben y bajan única y meramente ángeles, sino que nada menos que por ella despliegan su señorío y su diversidad el murciélago, el sapo, el zorro, las ratas, el caballo, la cabra, los gatos, los perros, el visón, el toro de lidia, la urraca, la abubilla, el gorrion, el mono deprimido, los pingüinos, la moscarda, el pulpo, la tortuga, el gallo, la gallina, la carcoma, el dromedario, los escorpiones, la morsa principal y el gorrino o verriondo, entre otras criaturas que a Jacob no le fueron deparadas. ¿Cómo no sentir cierto enojo ante el fasto de este colega que antaño fuera tan sólo —aunque embozado— magnífico lector? Nos aconseja la sabiduría, en forma de proverbio procedente del Reino Unido, «colaborar con lo irremediable»: dejémosle un asiento, pues, a Manolo Romero en la platea de la infame turba, y pensemos que no hemos perdido un lector virginal (no lo fue nunca), sino que hemos ganado un competidor pavoroso.

Félix Grande

El Urogallo

Una revista a repasar

Complete su colección

Disponemos de ejemplares de todos los números atrasados

Precio especial 400 Ptas. cada uno

N.º 57

José Hierro — Václav Havel — Milan Kundera
— Claudio Magris — Edgar Lee Masters

N.º 58

Antonio Muñoz Molina — Nina Berberova
— Cuaderno Miles Davis — Ernst Jünger

N.º 59

Cuaderno Miguel Espinosa — Adolfo Bioy
Casares — La casa de Wittgenstein — Paul
Celan

N.º 60

Pablo Palazuelo — Especial Feria del Libro
— Alfonso Costafreda — Javier Muguerza

N.º 61

William Faulkner — Val del Omar — Especial
Liber — Giorgio Pressburger

N.º 62-63

Claudio Rodríguez — Literatura y Calor:
García Hortelano, Faulkner, Ondaatje, T. E.
Lawrence, Gracq — Valery Larbaud

N.º 64-65

Especial Feria de Frankfurt con panorámicas
sobre el estado de la literatura en España. 57
libros y sus autores. Índice de autores españoles

N.º 66

Poemas de Stalin — Cartas de Bulgakov,
Pasternak, Zamyatin — Benjamín Jarnés
— Rimbaud por René Char

N.º 67

Entrevista con Lévi-Strauss — Teatro: Pinter,
Barnes, Gombrowics — Jacob Böhme
— Poemas de Lee Masters

N.º 68-69

Escritores y artistas — En torno a Steiner
— Joseph Conrad — Medardo Fraile

N.º 70

Entrevista con Gisèle Freund
— Correspondencia Falubert-Turgenev
— Karl Kraus

N.º 71

Entrevista con Tàpies — Correspondencia
Salinas-Guillén — Caballero Bonald
— Gamoneda — Relato de Ingeborg
Bachmann

N.º 72

Entrevista con Lucía Graves — Alejandra
Pizarnik, poesía — Bohumil Hrabal:
El bárbaro tierno — Inédito de
Robert Müsil

N.º 73

Especial Miguel Delibes: Amplio dossier
sobre la vida y obra del autor — Feria
del Libro: Panorama actual
de la edición española

Información y pedidos:

Carretas, 12, 5.º - 5

28012 MADRID

Teléf.: 532 62 82

Fax: 531 01 03

Suscripción 12 números:

España: 5.400 ptas.

Extranjero, por superficie 6.600 ptas.

Europa, por avión 8.800 ptas.

Resto del mundo, por avión 11.000 ptas.